

1

*Puerto de Shangai, China, septiembre de 2011*

La lluvia azotaba el vidrio que separaba los ojos de Wang del exterior gris. Llevaba días sin dormir. Su mirada recorría los barcos atracados cubiertos por lonas y las grúas inmóviles, detenidas durante semanas. La inactividad a esas horas de la mañana se había convertido en una rutina. La compañía Star of the Sea no podía permitirse más retraso en las entregas de material plástico a los clientes de occidente. En la próxima junta le exigirían explicaciones. Lo único que consolaba al ejecutivo encorbatado era que todas las navieras de Shangai y otros puertos a lo largo y ancho del orbe estaban igual, ansiando despertarse de esa pesadilla. La figura de Wang se arrastraba de forma lenta, casi sinuosa, de ventanal en ventanal, como si eso sirviese para ahuyentar los pésimos pronósticos financieros. Habían perdido millones de euros y ya no podían garantizar un plazo realista para unas desabastecidas industrias: tejidos, cereales, aluminio... nada se movía al ritmo adecuado.

Wang escudriñó el horizonte. ¿De dónde habían salido? ¿Cómo era posible que hubieran paralizado el puer-

to? No alcanzaba a imaginar que debajo de ese mar en calma una plaga estuviera a punto de hundir todos sus negocios. Aquella masa gelatinosa, descontrolada, se introducía en los sistemas de refrigeración de los mercantes, enloquecía los radares, bloqueaba los motores... Ya no sabía qué hacer. Nadie ofrecía soluciones a un problema en apariencia tan sencillo. Los expertos decían que las medusas eran pequeñas, muy pequeñas. Se escurrían por la malla de las artes que los esforzados pescadores a sueldo del gobierno calaban una y otra vez con magros resultados.

Wang sólo quería acabar con ellas. Porque si la situación continuaba así, al cabo de poco tiempo el comercio marítimo se colapsaría.

### *Muelles de Halifax, Canadá, diciembre de 2011*

La sirena de un coche de policía acabó con las pocas horas de sueño de Melanie. A pesar de que hacía tiempo que no arañaba ningún cliente a las noches portuarias, se obstinaba en hacer la calle hasta la madrugada. Al ruido de la sirena le siguieron gritos, carreras y golpes. Muchos golpes, cada vez más fuertes. Melanie conocía al dedillo aquella rutina, por eso se limitó a bajar del todo la persiana para que, por lo menos, los tímidos rayos de sol que se colaban entre las nubes no la desvelaran más aún. Había llegado a pensar que, al ser la única prostituta que quedaba en la zona, sus ingresos iban a aumentar. Pero ya se había desengañado. En los muelles sólo había ratas. Su única compañía era el frío polar de las noches de Nueva Escocia. Cada mañana regresaba sola a su destartado apartamen-

to del puerto, con los párpados medio cerrados, el monedero vacío y la ropa interior intacta. No iba a resistir mucho más. Quería marcharse a Europa, estaba convencida de que allí la situación no sería tan terrible. Pero a este paso tardaría meses en conseguir dinero para el billete.

Melanie volvió a la cama y escondió la cabeza bajo la almohada. Si por lo menos dejaran de sonar... Era incapaz de olvidar el día en que esas mismas sirenas se llevaron a su hermano. Seguía sin tener noticias de él. No sabía qué pasaba con las personas detenidas por los antidisturbios en las continuas manifestaciones. Su hermano trabajaba descargando contenedores. Pero desde que estalló la crisis y las empresas empezaron a recortar gastos, él, como tantos otros, había acabado en la calle. Los trabajadores habían cambiado las máquinas, las grúas y los buques por las pancartas, los megáfonos y las piedras.

Cada día que pasaba, Melanie veía más lejos la posibilidad de escapar de la vida que llevaba. Rompió a llorar pensando en que mañana sería otro día.

*Mar Menor, España, abril de 2012*

Javier tomó a la niña entre sus brazos y la sacó del agua. No debía de tener más de cinco años. Sin dejar de sollozar, tartamudeaba palabras sin sentido. No era mala señal, pues significaba que no le había entrado agua en las vías respiratorias. Mientras se dirigía a la caseta de socorro, los padres se acercaron alarmados por los gemidos de su hija. Javier les tranquilizó como pudo hasta que llegaron a la camilla de primeros auxilios. Echó un primer vistazo al

cuerpo de la niña y sus temores se vieron confirmados. Tenía el muslo derecho cubierto por un sarpullido rojizo y a cada instante sufría un temblor provocado por los calambres.

El jefe del puesto de vigilancia aplicó hielo envuelto en una bolsa de plástico en la pierna. Así conseguiría calmar el dolor de la niña. Tenía que tener cuidado de que el agua dulce no entrara en contacto con la herida porque entonces el veneno actuaría de forma más penetrante. Era la tercera picadura esa mañana y ya había perdido la cuenta de las que se habían producido hasta entonces.

Cuando la niña se calmó, Javier cogió el transmisor y contactó con la guardia costera que, en ese momento, estaba patrullando el rompeolas.

—Aquí guardacostas uno.

—¿Qué veis desde la zodiac? Tengo otra picadura.

—¿Estás seguro?

—Llevo diez años trabajando de socorrista y sé perfectamente de lo que hablo.

—Pues nosotros seguimos sin ver nada.

—Estoy convencido de que están ahí. No sé si son invisibles o se camuflan o cómo coño lo hacen, pero son medusas.

Javier cortó la conversación y se volvió hacia la niña. El rojo de la roncha se hacía cada vez más intenso. Pensó en el ayuntamiento y en la de quejas que tendría que soportar cuando hablara con el concejal de turismo. Pero la situación era insostenible: había que desalojar la playa.